

CAPITULO XI.

Oleajes de la vida.

¡Qué bien pensaron los antiguos, cuando al ver la fuerza desordenada de las pasiones, creyéronlas, no solamente afectos más ó menos perturbadores del alma, sino energías tambien del universo! Viento como el simoun por el abrasado desierto; el levante en las gaditanas playas; el sirocco en las costas de Italia, encienden la mente al par de la sangre; la tempestad, antes de estallar en los aires, chispea por nuestros nervios; la aurora boreal, no solo perturba la aguja imantada, sino las ideas humanas; y todos estos fenómenos demuestran la existencia de relaciones misteriosas entre la máquina eléctrica de nuestro cerebro, y el inmenso laboratorio de electricidad que componen allí en los espacios infinitos el cielo y la tierra, el sol y las estrellas. Hay en toda pasión una parte, que cae bajo la autoridad de nuestra conciencia y que se mueve por los impulsos de nuestra voluntad; pero tambien hay otra parte esencialísima, que depende, tanto de nosotros, como pudiera depender el oxígeno á cuyo calor se enciende y se anima nuestra vida. La verdad es que nacemos en la cárcel de lo contingente, y suspiramos por las cimas ideales de lo absoluto, que todos queremos la posesion tranquila de lo eterno; que, descontentos del propio sér, aspiramos á extendernos y dilatarnos en los demas séres, nuestros semejantes; y que de esta irremediable suerte nuestra, tan duradera como la duplicidad de la naturaleza humana, brotan los conflictos y los combates de tantas y tan múltiples y tan encontradas pasiones. En el fondo de todas ellas, en su esencia íntima, está necesariamente la esencia ó sustancia del sér; pero en sus ráfagas, en sus espirales, en sus torbellinos batallan fuerzas de todas clases, elementos físicos y

químicos, á los cuales no podemos mandar con la facilidad con que mandamos allí donde alcanza nuestro soberano albedrío. No lo dudeis: en el arpa que forman nuestros nervios, muchas cuerdas obedecen más á la nube del lejano horizonte, que al impulso interior é íntimo de nuestro propio sér. Triste es decirlo, pero en nosotros, animales y ángeles al mismo tiempo, la vida material precede á la vida espiritual, y la nutricion se impone antes, mucho antes que la conciencia. La razon, la parte superior del sér, llega despues, mucho despues que el sentimiento y la imaginacion, esas facultades preciosas, pero inferiores del alma. Y en los huracanes del sentimiento, y en los arreboles fantásticos de la imaginacion avivanse esos delirios que sacuden todos nuestros nervios, que trastornan todas nuestras ideas, y que se llaman pasiones. Desgraciados de nosotros si sobre los abismos donde hierven esas tormentas, cuya fuerza contrasta muchas veces la fuerza de nuestra voluntad, no hubiera encendido Dios los dos mejores astros que alumbran lo infinito moral, la razon y la conciencia. Á su luz debemos que las pasiones, en vez de extraviarnos aumenten por mil medios en el alma aquellas energías para la realizacion del bien que se llaman virtudes. No las confundais con las súbitas emociones del placer ó del dolor; tomadlas por fuerzas sometidas al supremo imperio y á la direccion suprema de ese motor que llamamos razon, iluminado por esa eterna revelacion que se llama conciencia; y entonces, solo entonces, tendreis una idea aproximada de la bondad que pueden alcanzar por sí mismas las pasiones, á pesar de su violencia. Pensadores hay que ponen el bien supremo en la ausencia de toda pasión, hasta de aquellas más propias para llevar al cumplimiento de la ley moral nuestra breve y tormentosa vida. Se engañan. Aconsejar á los hombres la ausencia de pasión ó la apatía, la ausencia de movimiento, ó de accion, la atonía, el olímpico desden por el mundo y por la humanidad, por todo cuanto nos toca tan de cerca y nos pertenece por tantos y tan legítimos derechos, equivale á predicarles el suicidio. Un alma que no se apasionara seria como un pensamiento que no se moviera; y un pensamiento que no se moviera, seria como un Dios que no creara. Imposible separar nuestras pasiones del temperamento natural, en una palabra, del cuerpo, como imposible separar nuestras ideas de la sensibilidad. La verdad es que la perfeccion moral se encuentra en el dominio del alma sobre el cuerpo, y en el dominio de la razon sobre el alma, y en el dominio de la conciencia sobre la razon. Así, solamente así, las pasiones pueden ser y serán verdaderamente fecundas.

Dicho esto, digamos tambien que no podemos exigir esta rigidez moral á séres colocados por la naturaleza y por la sociedad, por la historia, en medios ambientes, los cuales podrian llamarse apestados. Una pobre muchacha como Sobeyia, nacida en climas ardientes, hija de un déspota que se cree á sí mismo un Dios, educada en el serrallo, persuadida de que en otro

mundo encontrará sensuales placeres, sujeta á la fatalidad como á una cadena de peso incontrastable, debe rendirse al asalto de las pasiones, y encontrarse de sus pasiones verdaderamente esclava por faltarle aquella primera libertad del alma, soberana de los movimientos instintivos de nuestro sér, y guía suprema de toda nuestra vida. Era, pues, la pobre muchacha como una flor que cae en la corriente, era una especie de cuerpo inerte arrastrado por la pasion, á la cual no podia oponer en el ardor de sus sentidos, en la exaltacion de sus sentimientos, en el hervor de su sangre, la enérgica y entera resistencia del alma. La vida moral y la vida física se compenentran como el cuerpo y el alma. No podeis exigir, pues, que allí donde el calor produce toda suerte de fluidos, á cuyo impulsõ se mueven las corrientes vitales, la vida en su fecundidad, la sávia en su movimiento, la sangre en su circulacion, sean iguales á lo que pueden ser allá donde el frio lo paraliza todo y á todo le da la inercia, la temperatura del hielo. Es la vida una y múltiple. Y por tener estos caractéres, encontramos en ella la identidad del alma unida con la identidad de la conciencia, al par que la varia riqueza de los fenómenos vitales. Sobeiya, pues, tenia en sus ojos el ardor del cielo africano, en sus instintos la exaltacion propia de aquel clima, siendo móvil como la gacela, astuta como la tigre, cruel como la leona, abrasadora como el desierto. Así es que, al ver sobre el pecho de Lippi un retrato de mujer, se exaltó hasta el frenesí, sintiendo una pasion rara en las mujeres de Oriente, y por lo mismo que rara, inténsisima. Con el furor propio de su natural impetuoso, la jóven sultana se desasíó de los brazos de su amado; borró los besos de fuego que le llegaban hasta el alma, y echó á correr, como una cierva herida, subiendo á saltos la escalera y cerrando tras sí la puerta que cayó como la tapa de un sepulcro sobre la frente de Filippo, reducido tras aquellos instantes de luchas y porfias á su antigua y triste soledad.

Al salir del subterráneo estaba tan ciega la muchacha, que chocó en su rápido vertiginoso paso con dos ó tres árboles. Habíala encendido en ira la conviccion terrible de que Filippo no se resistia al cambio de religion, sino en realidad al cambio de amor. Entre las pasiones que más atenaceaban el alma de aquella sultana, ninguna tan fuerte como el orgullo. Y el orgullo quedaba terriblemente herido de la misma herida que el amor. A la conviccion de que el amor, y solamente el amor movia á su amado en la resistencia al cambio de religion que debia unirle perpétuamente con ella, siguió esa pasion de los celos, verdadero dolor de los dolores, cuya intensidad desgarrá las entrañas del alma. Quien la hubiese visto en aquel instante, dijera que la herian con mil puñales, que le abrasaban la sangre, que le descoyuntaban los huesos, que le rasgaban los nervios, segun las manifestaciones de dolor terrible pintadas en su faz, y los sacudimientos eléctricos extendidos de piés á cabeza por todo su cuerpo, semejante á un árbol combatido ó por el huracan ó por la tempestad. Si en aquel momento hubiera

podido arrastrar á la odiada rival á su presencia, rematárala con la indiferencia con que un sacerdote, un sacrificador inmola de grado la víctima destinada al sacrificio. Pero, en la imposibilidad de alcanzar á la desconocida cristiana, reconcentrábase toda su ira sobre el amado que le inspirara una pasion, y luego no le diera medios fáciles y legítimos de satisfacerla en todos sus anhelos.

Dada tal situacion, dos afectos la movieron con rápido movimiento; á saber, el anhelo de amor y el anhelo de venganza. Quería satisfacer su pasion y queria al mismo tiempo que de esta satisfaccion para ella resultara algun grave daño para Filippo. Nada mas fácil. ¡Ah! El amor va unido á la muerte como el infortunio al genio. La felicidad de amor se obtiene á costa de la desgracia de otros en las batallas y competencias de la humana vida. Una naturaleza femenil, pulida por la cultura nuestra, ama con delirio hasta el mal que del sér amado recibe. Una naturaleza africana ama con igual exaltacion las satisfacciones de su amor ó las satisfacciones de su venganza. El alma de Sobeiya extendia sus largas alas sobre Filippo para acariciarlo primero con pasion y despues herirlo sin piedad. Ya sabia que le bastaba al logro de ambos efectos caer en sus brazos, y luego publicar su caída. Entregarse al nazareno, y decir que se habia entregado, equivalia á la muerte de ambos, decretada por la crueldad implacable de las costumbres y de las leyes africanas. Ella moria, es verdad, pero Filippo tambien. Y si dejaba este vida y amor; en cambio no volvia jamás á los brazos de la cristiana cuyo retrato pendia de su garganta. Así, á un golpe, caian tres víctimas sobre la dura tierra; pero se saciaban dos pasiones en el alma de Sobeiya: la pasion de su amor y la pasion de su venganza. En la jóven mora habia la ceguera propia del instinto, la fuerza de la fatalidad. Como el águila se lanza sobre la avecilla, como el tigre sobre la presa, lanzóse desandando el camino andado, sobre el calabozo, bajó la escalera, tendió sus brazos á Filippo, y le dijo, clavando los ojos de fuego en sus ojos, y los labios en sus labios: soy tuya.

Y al encerrarse ella en la mazmorra, como en su alcoba nupcial, disponia su ceñudo padre, sin consultarla siquiera, el certámen que ya conocemos, donde porfiadamente se trataba de su enlace con el mas gentil mancebo de toda Africa. Concluida la fiesta y decretada la palma de la victoria, Sobeiya pasaba á manos de su esposo, como los objetos y artículos puestos á la venta pasan y circulan del comprador al vendedor y del vendedor al comprador. El Sultan de Túnez ni comprendia ni imaginaba siquiera resistencia alguna á su voluntad, tan omnipotente y avasalladora como las fuerzas ciegas del Universo. Era un hombre alzado á las cimas de la sociedad por la fortuna, y sin mas superior que las supersticiones engendradas por su alma, á guisa de esas montañas, las cuales solo tienen sobre sí las nubes evaporadas de su seno. En cualquier fenómeno de la naturaleza, en cualquier coin-

cidencia de la casualidad, veía un mandato divino, y lo observaba ciegamente. Bastábale, por ejemplo, para entregar su hija á uno de los competidores el oír su nombre repetido, antes que los otros dos nombres, por una misera urraca. De él se decía lo mismo que de Almanzor; si al firmar una sentencia de muerte, se equivocaba, tenía validez de ley la equivocación. En sus relaciones con la mujer, ora fuese esclava, ora esposa, ora hija, parape- tábase en la superioridad reconocida al sexo fuerte sobre el sexo débil por la letra del Koran; y lo que decretaba, cumplíase como estaba decretado, sin remisión y sin falta. Así es que, inmediatamente despues de elegido el esposo que la garza designara para su hija, mandóle consagrar á Sobeiya una descripción del amor mientras él disponía que la jóven viniera ruborosa y trémula á su presencia.

—Mis ojos lloran, decía el guerrero, á pesar de la dureza de mi corazón. Y lloran la felicidad, como los ojos del peregrino que, al volver de la Meca, descubre en los celajes del horizonte la colina donde está asentada su patria. En vano tratara de ocultar este afecto, porque lo publicarían dos cosas: las lágrimas caldeadas que manan de mis ojos y las rojas cicatrices que brillan en mis mejillas escaldadas por mis lágrimas. Yo guardaré estos sentimientos como el avaro su tesoro, como el pastor su ganado, como el guerrero su guma. Y te consagraré cariño de ardor tal que en su comparación aparezcan pálidas y frías las arenas del desierto y las estrellas del cielo. Cuando, junto á tí, discurra por las encantadas estancias y los mágicos jardines, asemejaréme á Orion acompañado de la luna en la inmensidad de los cielos.

Y mientras esto escribía el elegido, buscaban los eunucos á la novia, sin hallarla en ninguna parte. No quedó en el palacio estancia que no escudriñasen; ni en el jardín árbol que no interrogaran. Por doquier iban diciendo á gritos su nombre y encontrando eco tan solo para repetirlo. En vano interrogaban á la pobre Miryam por el paradero de la vírgen hermosa; contestábales con silencio tan profundo como el silencio de las tumbas. Adonde nadie bajaba ni pensaba bajar era casualmente al sitio único en que podían hallarla, á la mazmorra del cautivo cristiano. Pero ¿quién podía ofender á la hija de los sultanes, á la princesa de sangre real, á la sabia musulmana, á la lectora y comentadora incansable del Koran, suponiéndola capaz de bajar desde las alturas del cielo, donde ya estaba con las huríes del Profeta, á la mazmorra del esclavo, donde solo podía encontrar el cieno de todos los vicios para manchar su cuerpo y las espinas de todos los remordimientos para traspasar y taladrar su alma? No sabían quienes así pensaban los espacios y los abismos que el amor llena con su éther; no sabían las distancias que el amor suprime con su celeridad, solamente comparable á la celeridad de la luz; no sabían como en los senos del amor se encuentra una igualdad tan

segura é implacable como en los senos de la muerte. Ni la diferencia de alcurnias, ni la oposición de creencias, ni los odios heredados entre familias enemigas y razas eternamente contrarias, pueden vencer la invencible fuerza del amor ni separar á los que ha juntado su influjo y su poder. Sobeiya había descendido á las tinieblas y á los abismos, encontrando allí una felicidad jamás gustada en los arreboles de la luz ni en las alturas del solio.

Continuemos. En el momento en que los domésticos buscaban á una por aquí, por allí, por acullá á Sobeiya, óyese de pronto indecible tumulto en la calle. Gritos, alaridos, exclamaciones resuenan formando el mas ruidoso aquelarre que podia imaginarse. De intervalo en intervalo dos voces predominan sobre todo el tumulto y parecían como detener aquel estruendo. Mas en el apagado eco de tales voces, y en los rumores que las acompañan, puede advertirse fácilmente como se trata de calurosa disputa, seguida de los rumores que suelen seguir á estas competencias del humano ingenio. En efecto, Serafin había aparecido en las costas africanas y al pisarlas, experimentado lo mismo que experimentaban todos los grandes apóstoles de una idea en aquellos tormentosos días de la Edad Media, el afán por la predicación. Y como quiera que, existiendo en Túnez la libertad religiosa desde los tiempos de San Luis, vivían allí muchos cristianos, y mezclaban su traje y sus creencias con las creencias de los moros, el fraile, acostumbrado á corregir con sus palabras todos los extravíos, pronunció en el acto uno de esos sermones propios de su entendimiento, y que, conteniendo las herejías, como, por ejemplo, la nueva redención, el nuevo cristianismo, el advenimiento de la tercera persona de la Trinidad, el comienzo de otro Evangelio, contenían al par otras ideas perfumadas de un oloroso misticismo sobre estos dos puntos capitales, sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, que conmueve el corazón de los oyentes. Un santón de los que habían estado en tierras de Andalucía; y departido con gentes de todas las religiones y de todos los climas, en una especie de lengua solo comprensible para los ribereños del Mediterráneo, creyó necesario salir á la defensa de su Dios, y he aquí empeñada la disputa, cuyos ecos han llegado hasta los espacios del alcázar y han suspendido los ánimos de la numerosa servidumbre que los habitaba y los henchía.

El espectáculo, en verdad, era digno de ser reproducido por cualquier gran pintor que manejara privilegiado pincel. En una plaza, que parecía cerrado patio de ceñuda fortaleza, según lo espeso de las paredes y lo raro de las ventanas, sobre esas gruesas piedras donde los santones se asientan, elevábase erguido el hermano Serafin, en actitud de predicar á una multitud de cristianos que le escuchaba de hinojos y con las manos plegadas, mientras al otro lado, un santón de luenga barba y profundos ojos, envuelto en los pliegues de su blanco alquicel parecido á un sudario, escuchaba unas veces con reposo é interrumpía otras veces con vehemencia la elocuentísima

arenga del orador cristiano, produciendo todos estos movimientos del alma diversas y encontradas emociones, que se reflejaban y relucían como destellos misteriosísimos del alma en los ojos y en las caras de los innumerables oyentes.

—¿Cómo? Decía el santón después de haber oído las palabras del fraile, Dios no tiene ni forma ni figura. Su inteligencia está confundida con su sustancia como la onda con el agua del mar. Su eternidad no le permite ni tener padre ni tener hijo alguno. Si hubiera otros dioses que no fuesen él mismo, ya en los cielos, ó ya en la tierra, perecieran consumidos por el rayo de su pupila, mas ardiente que la llama del sol. Los ángeles no podrían batir sus alas de luz delante de ninguna potestad que no fuese la potestad divina, pues los ángeles no podrían caer desde el éter, donde se bañan sus cuerpos transparentes, en las sombras de la idolatría. Solo Dios es grande.

—No niego, replicó Serafín, ni la unidad, ni la entidad, ni la eternidad de Dios. Mi creencia es vuestra misma creencia en el fondo; la incomunicable unidad del Criador. Pero siento que así como mi alma es esencial á mi persona, sin ser mi persona misma, la esencia de Dios es esencial á las tres personas de la Trinidad cristiana, sin ser ellas mismas en sí. Una persona se deriva de otra como el calor se deriva de la luz, sin ser y siendo al par la luz misma por uno de esos misterios de que hablan, como por inspiración movidos, los labios, y que no llegan á la comprensión de nuestra inteligencia. Dios se esparce en las tres personas y se concentra en la unidad. Y las tres se diversifican y se unifican sin que el tosco entendimiento humano pueda comprender cómo ni por qué. Vuestro Dios en sí tiene una majestad maravillosa; pero vuestro Dios no se comunica con nosotros. Y en mi fé, en mi creencia, el Padre primero me dió el sér, el Verbo después me ha dado el amor y el Espíritu me dará la verdad y la ciencia; es decir, que la incomunicable sustancia divina se comunicará por estas irradiaciones á nuestra deleznable sustancia.

—Blasfemaste, cristiano, blasfemaste. Nuestro Dios no toca ni puede tocar con su sustancia incomunicable la débil sustancia nuestra. Entre él y nosotros hay séres intermediarios que ni participan de su naturaleza divina ni participan de nuestra humana naturaleza. Y esos séres nos traen sus revelaciones. Así, el arcángel Gabriel escribió el libro de la luz, y se lo entregó al profeta Mahoma. Vosotros habeis divinizado á vuestro profeta, nacido de mujer al pié de una palmera, nosotros no hemos divinizado al nuestro porque solo Dios es Dios, y solo Dios es grande. Los malvados, por lo empedernido de sus corazones, han dicho que Mahoma era un hombre como los demás. En efecto, no ha extendido el cielo como una tienda sólida sobre nuestras cabezas; ni ha separado la luz de las tinieblas, ni lo húmedo de lo seco; porque solamente Dios puede hacer todo eso; pero ha escrito el

libro de la verdad y ha vertido en sus sublimes suras la luz de los cielos, Dios nunca se comunicaría con los mortales de otra suerte. Alhá es grande y Mahoma su único profeta.

—Siempre resulta lo mismo; la imposibilidad de comprender por vuestra religión las relaciones entre la conciencia del hombre y el pensamiento de Dios. Existe el sol con la virtud de dar la luz y existe el alma con la virtud de sentir la luz: entre el sol que la produce y el alma que la recibe debe existir un mediador, y Dios ha hecho este cristal de nuestros ojos mas bello y mas luminoso en su pequeñez que la infinita máquina del cielo. Pues entre la esencia eterna y la humana esencia debe existir un mediador, un paráclito, que traiga de lo infinito por una revelación, tan necesaria y tan universal como la vida misma, el resplandor necesario á nuestras múltiples y numerosas ideas. El Verbo es virtud creadora que ha hecho el mundo; y luz espiritual que ha esclarecido el alma. Como ningún sér creado puede crear, increado debemos decir al Verbo, luz eterna, éter sin mancha, alma de la vida, principio de las cosas, ideal de los ideales. El sér contingente nace del sér absoluto como el día pasajero de la claridad eterna; y la fuerza creadora de Dios se encuentra en la virtud divina del Verbo. Y así como de su fuerza provienen las cosas, de su pensamiento provienen las ideas.

—Todo eso parece á mis oídos como una logomaquia incomprensible en comparación de la clarísima imagen del Profeta que recibió de Alhá el libro eterno de la verdad revelada. ¡Bendito sea Mahoma! Sus marchas tenían tal longitud que se le pudrían los piés; sus agonías tal frecuencia que se le secaban las entrañas. Montañas de oro altísimas surgían á su paso por los senderos de la vida para tentarlos como á un codicioso vulgar; y él ponía mas arriba que tales montañas su desprecio por las cosas de este bajo mundo. Mahoma merecerá siempre el nombre de profeta único, así entre los árabes como entre los bárbaros. No hay inteligencia como la suya sobre el mundo. Cada profeta le pide un sorbo del mar de su ciencia; y cada santo una gota del rocío de su virtud. Inútilmente tratareis de medir su grandeza. Como un astro deslumbrador, de lejos pierde su verdadera magnitud y de cerca deslumbra y ciega la vista. Su hermosura es delicada como una flor, su corpulencia alta como palmera, sus miradas fulminantes como los rayos, sus dientes blancos como las perlas, sus labios encendidos como el coral; si amenaza, salen de sus manos legiones armadas y exterminadoras, y si reza, producen sus oraciones una melodía tal como las órbitas de las estrellas y los coros de los ángeles. Así ha recorrido los siete cielos con su estandarte en las manos y no ha dejado sitio alguno tan cerca de la eterna majestad como su sitio de predilección y preferencia. Cuando quiere amenazar á una ciudad, las puertas se abren por sí mismas, los pórticos por sí mismos se caen, los ríos salen de madre, las tapicerías arden como hisopo; y donde se levantaban muros de diamantes solo se descubren después ma-